

“imaginación realista” que “abunda en detalles descriptivos concretos y pintorescos”. A tiempos asimismo antiguos nos remite el autor al glosar la cuestión de la antigua lírica popular, glosa surgida a partir del bellissimo *Corpus* de la misma editado por Margit Frenk; Lapesa subraya cómo “líricos, novelistas y dramaturgos ... como Gil Vicente, Cervantes, Góngora, Lope de Vega, Tirso de Molina, Quevedo y Calderón intercalan, retocan, refunden e imitan cantares de la herencia tradicional”, de la misma manera que “igual entusiasmo” habían de sentir por esta poesía de tipo tradicional “los poetas de nuestro siglo”.

Nuestro autor contrasta la forma en que un mismo motivo literario aparece en la poesía culta (Garcilaso, Góngora) y en la lírica tradicional, y advierte la que estima mayor expresividad de la segunda: en definitiva proclama “la gran fortuna” de las letras hispánicas al “poseer la doble tradición popular y culta, cuya mutua influencia ha dignificado la una (lo manifiesta así Lapesa) y ha rejuvenecido la otra”.

En otro momento Rafael Lapesa ofrece un comentario a la “*Elegía a las Musas*” moratiniana, despedida del quehacer poético por parte de Don Leandro y “canto de cisne del neoclasicismo español”. Encontramos en el texto —y nos hace ver su comentarista— diferentes rasgos de un lenguaje usado en registro poético: cultismos léxicos, arcaísmos, tropos, abundancia de epítetos escogidos cuidadosa-

mente, hipérbaton, y “empleo del adjetivo predicativo que ... expresa la manera de realizarse la acción del verbo”, etc.

Muy bellas y oportunas resultan las páginas de este libro dedicadas a “Los poemas de Herrera en metros castellanos”, las que tratan de Jorge Guillén, y así sucesivamente.

El volumen presente muestra una voluntad de trabajo continuado por parte de su autor, y es lo primero que debe destacarse: la pulcritud intelectual y moral que subyace al mismo; además sus páginas encierran logros, sugerencias e incitaciones, y así su lectura es bien instructiva. El libro responde por entero a la seriedad de la obra toda de Lapesa.

FRANCISCO ABAD

MYERS, KATHLEEN, *Word from New Spain.-The Spiritual Autobiography of Madre María de San José (1656-1719)*. Hispanic Studies TRAC (Textual Research and Criticism), Volume 4, Liverpool University Press, 1993.

La edición completa de este manuscrito, que hasta ahora no se había llevado a cabo sino en breves extractos, supone un acercamiento importante a la producción literaria de su

género dentro del barroco de Nueva España. La figura de María de San José nos habla en un lenguaje directo, con una soltura y sencillez sorprendentes. El documento que ahora ve la luz muestra influencias de las autobiografías de San Agustín o de Teresa de Ávila, que ella conocía.

La obra ofrece un interés especial en su primera parte, donde describe el tipo de vida de una familia afincada en Nueva España, cuyo cuidado de la hacienda constituye el principal menester. No hay demasiadas alusiones a la ambientación social de la época, ya que la autora circunscribe su narración a sus propias experiencias personales y familiares, dejando traslucir poco del entorno que le rodeaba, centrándose fundamentalmente en su microuniverso. Nos habla de las dificultades que tuvo que superar tanto desde el punto de vista familiar como posteriormente en el convento en Oaxaca, Méjico.

Algo sorprendente es la vida de silencio que voluntariamente eligió, hasta el extremo de que llegó a tener dificultades de expresión en cuanto a la lengua hablada. Tal vez por ello, el manuscrito es una muestra de literatura sencilla, sin artificio, donde la narración se sigue fácilmente dada la espontaneidad del discurso.

Durante un período de unas tres décadas (1691?-1718?), María de San José escribió los doce volúmenes en los que describe su vida, en un total de más de 2.000 páginas. El *Oaxaca Manuscript* estaba escrito en “*qua-*

dernos” que se hallaban depositados en la John Carter Brown Library, en Providence, Rhode Island (*Spanish Codex* 39-41) y abarca 1.102 folios.

El libro está dividido en varias partes. En la primera, la autora hace una breve introducción comentando cómo descubrió fortuitamente el manuscrito en los archivos de la mencionada Biblioteca. En la segunda se describe, haciendo uso de un denso aparato crítico, la importancia de esta obra en su género.

Kathleen Myers, atraída por la voz narrativa de María de San José (1656-1719), se dispuso a situar el manuscrito dentro de su contexto literario e histórico. La obra da testimonio en una época de tensiones culturales de las actitudes y mentalidades de la Nueva España en el período barroco. Aunque su texto puede inscribirse en la tradición hagiográfica de la *vita*, ella presenta su propia versión del mundo con un tono muy personal y sugerente.

La investigadora mantiene que Teresa de Ávila (1515-1582) y Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695) han sido presentadas por los críticos como casos únicos, aislados, en la tradición de la escritura femenina. El descubrimiento reciente, y la publicación de manuscritos autobiográficos escritos por otras religiosas, deberían permitir que se les considerara dentro de un contexto más amplio. De este modo, se contribuiría a una mejor comprensión de los conceptos de la identidad femenina durante aquel período. El

estudio de Alison Weber, *Teresa of Ávila and the Rhetoric of Femininity*, publicado en Princeton, en 1990, arroja luz sobre este tema, así como la obra de Octavio Paz, *Sor Juana Inés*, (1982), que proporciona un penetrante análisis del transfondo sociocultural de Méjico en el siglo XVII.

El libro es un buen ejemplo de rigor metodológico y ha supuesto la inmersión en un período de la literatura barroca de Indias de gran interés. Existía por entonces la creencia de que Nuevo Méjico podía devolver a España no sólo “lo precioso de sus metales”, sino valores del espíritu más enriquecedores por su carácter menos perecedero.

Es asombrosa la austeridad de vida a la que voluntariamente se sometió esta religiosa que incluso tuvo que escribir parte de su obra dos veces, ya que diez de los treinta “*cuadernos*” que había escrito en Santa Mónica desaparecieron.

Particularmente importantes son los capítulos dedicados al estilo de María de San José y al método editorial seguido. Es característico su esfuerzo por recrear el lenguaje oral. Este hecho otorga un individualismo especial a la narración, hasta el punto de crear dificultades al lector. Tanto es así que algunos fragmentos pueden resultar más claros si se leen en voz alta. Como consecuencia de ello, se detecta toda una variedad de anomalías estilísticas tales como abundantes conectores superfluos o el empleo del anacoluto.

Es frecuente el uso de dobles o triples sustantivos, adjetivos e infinitivos o de dos verbos en distintos tiempos —generalmente el pretérito perfecto y el presente— unidos mediante la conjunción “*i*”, para subrayar la continuidad de las acciones y la personalidad de la narradora en el pasado que está tratando de reconstruir hasta el momento en el que escribe. En ocasiones, se repite la misma raíz dos veces en una misma frase. Incluso, llegan a repetirse párrafos enteros con la misma información (Sección II y Sección IV), lo que refleja nuevamente el carácter oral de su estilo, y nos permite descubrir qué es lo que ella consideraba más importante en su autobiografía.

Otra característica es el uso de frases coloquiales y de un lenguaje lleno de fórmulas estereotipadas que dan vida al texto. El empleo de expresiones como ‘pues, como voi disiendo’, ‘ia queda dicho’ y ‘como diré más adelante’ concede al discurso un sentido de dirección y de continuidad en momentos donde la narración podría propender a la divagación.

A todos estos rasgos estilísticos hay que añadir lo que Daphne Patai ha denominado “a foreshadowing and a delaying tactic”, que obliga al lector a participar activamente en la reconstrucción de las relaciones existentes entre las distintas partes de la obra.

Kathleen Myers se ha esforzado por mantener en esta edición el mayor grado de literalidad. Sin embargo, en algunos casos ha sido preciso

modernizar el texto. La razón es la casi total carencia de signos de puntuación en el manuscrito, así como la irregularidad de la ortografía, aun sin tener en cuenta que por entonces no se había llegado a la estandarización de la lengua. La editora es fiel a su principio de preservar de manera consistente la ortografía de la autora, que refleja la pronunciación del período, así como su educación rudimentaria, sin que los pasajes resulten ambiguos. Se ha mantenido la ortografía común en 1700: *b* por *v*, y viceversa; *g* por *j*; *g* por *h*; *i* por *y*; *s* por *z*, etc.

Pero la dificultad no sólo surge por las variaciones ortográficas que la lengua española ha experimentado en el transcurso de estos siglos por no estar todavía fijadas las normas al respecto. A ello hay que añadir dos factores más. Se echa de menos el dominio de un lenguaje culto y, sobre todo, se perciben profundas diferencias entre el castellano hablado en la Península frente al de Nuevo Méjico. De aquí que el apartado que la investigadora dedica a las diferencias ortográficas sea útil y enriquecedor para el lector.

Otro aspecto interesante es la aparición de algunas voces o expresiones que encontramos en el manuscrito llenas de colorido y enjundia, algunas de las cuales se usan todavía en el medio rural, si bien la mayoría no suelen utilizarse en el castellano peninsular: *mecate*, para referirse a alguien irresponsable, que no cumple con sus obligaciones o menesteres; *testero*, por 'testarudo', 'obstinado';

picote, por 'charlatán', 'hablador', 'con propensión a hablar mucho'; *atarantada*, por 'aturdida', 'inquieta', 'bulliciosa'; *estar a la vira* por 'estar pendiente o cuidando de algo'; *trasegada*, por 'tranquila', 'sosegada', 'en calma' —en la actualidad con connotaciones cultas—; *navas de lana*, para referirse a las madejas de lana de oveja; *lastar*, *garjatas*, *sacate*, *pespenada*, *bramudas*, etc.

Respecto a las circunstancias en que las religiosas escribían, sus roles en la sociedad colonial y las instituciones establecidas para ellas, J. Muriel y A. Lavrin iluminaron estas áreas mucho antes de que otros investigadores trabajaran en este campo. Muriel ha analizado las instituciones coloniales para mujeres —*Los recogimientos: respuesta a un problema social novohispano* (1974)—, y Lavrin ha escrito ensayos clave sobre el papel de los conventos y de los modelos culturales en las elecciones femeninas y de autorrepresentación. Esta historiadora sugiere que el convento era un microcosmos del fervor religioso de la sociedad colonial y un lugar donde a las mujeres se les otorgaba cierto poder y autonomía. Paradójicamente, el convento, aun imponiendo la más estricta observancia de la imagen de la mujer ideal, también facilitaba oportunidades para el autodesarrollo y un grado de independencia raro en la sociedad hispana del siglo XVII.

La vida era a menudo difícil para aquellas mujeres dotadas de voluntad firme que deseaban tomar sus pro-

pias decisiones, aun cuando, de hecho, siguieran las reglas establecidas por la sociedad. Este conflicto entre ideal y realidad, entre autonomía e individuo, no sólo caracteriza el período barroco en Nueva España, sino que modeló la vida de María de San José, contribuyendo a configurar la estructura de su narración.

La edición de esta obra adquiere mayor importancia si se tiene en cuenta la serie de trabajos que están surgiendo sobre escritura autobiográfica de religiosas en el período colonial que han proliferado en estos últimos años y que reflejan una notable variedad de acercamientos. Y es que no podemos olvidar que —por el hecho de estar recluidas— las mujeres dedicadas a la vida religiosa disponían de más tiempo para su propia formación y el cultivo de su espíritu.

Es notable que desde 1963, fecha en la que J. Muriel publica *Las indias caciques*, hasta la actualidad, Kathleen Myers ha recopilado más de cuarenta publicaciones sobre un tema cuyo interés va en aumento, y sugiere que los futuros investigadores tendrán que hacer asequibles al lector de nuestro siglo estos escritos y examinarlos dentro de la tradición de la escritura femenina. Se trata, pues, de un campo que todavía está definiéndose y que ofrece especial interés a los estudiosos de la literatura colonial hispanoamericana. Por sólo citar un ejemplo, la mencionada obra de Octavio Paz, *Sor Juana Inés*, ha sido traducida al inglés en 1988 y ofrece una rica panorámica del

significado geográfico y racial de Tepeaca y del papel de Puebla como el centro criollo de Nueva España.

M.^a ASUNCIÓN ALBA PELAYO

RAMIRO VALDERRAMA, MANUEL, *El énfasis en la prosa de Cela*, Valladolid, Universidad, 1995, 225 págs.

Nos encargan que demos noticia de este libro: en realidad es la versión escrita de la tesis doctoral de su autor, y la lectura de la misma hace reflexionar y resulta por tanto instructiva, ya que analiza y hace distinciones en el procedimiento de la *repetición* que aparece en el discurso en prosa de Cela.

En términos globales Manuel Ramiro alcanza la conclusión de que “la obra de CJC, sin perjuicio de su indudable coloquialismo léxico, destaca por una calculada elaboración de la forma del contenido ... El grueso de sus abundantes repeticiones configura un sistema ... que aprovecha al máximo todas las posibilidades previstas por la retórica literaria, con marcada preferencia ... por la anáfora”. Encontramos pues en la obra del escritor tanto el uso del léxico coloquial —se nos dice—, como la elaboración del discurso mediante recurrencias o repeticiones: es a lo segundo a lo que se